

PREHISTORIA Y MODERNIDAD. LOS EXTREMOS SE TOCAN.....

RAFAEL DUHARTE JIMÉNEZ
Revista De la Casa del Caribe

ABSTRACT.

Este trabajo es una reflexión en torno al actual debate sobre la civilización, su pasado y su inmediato futuro a partir de la incidencia que la revolución científico-técnica ha realizado en su evolución y sobre todo a partir de la modificación de conceptos tradicionales como son espacio y tiempo.

This paper is a reflexion in the present debat over civilitation, it's past and it's future imminent from incidencial that cientific-tecnic revolution to have carried out in it's evolution and the modification in traditional concepts space and time.

A fines del siglo pasado la revolución científico-técnica cruzó el umbral del mundo laboral y penetró en la vida cotidiana: el teléfono, el automovil, el radio y el cine revolucionaron los conceptos tradicionales de espacio y tiempo, trabajo y recreación: convenciendo a todos de que finalmente la humanidad entraba -de manos de la ciencia- en un estadio superior. La esperanza de un mundo mejor de su época, la resume el escritor austriaco Stefan Zweig en su autobiografía como sigue:

“cuarenta años de paz habían fortalecido el organismo económico de los países, la técnica había dado alas al ritmo de la vida, los descubrimientos científicos habían infundido el orgullo en el espíritu de aquella generación, iniciose un progreso que en todos los países de nuestra Europa se percibirá casi por igual {.....} . En todas partes se progresaba”¹ .

La gran frustración sobrevino cuando la guerra mostró brutalmente que la ciencia y el desarrollo no presuponían un crecimiento ético. Las sociedades alemanas y soviéticas -en la vanguardia del mundo de la época- protagonizaron actos de barbarie sin precedentes, en los campos de concentración Nazi y en los Gulac estalinistas se hizo humo el ideal moderno de un mundo mejor construido sobre las bases de la ciencia y la razón.

¹ ZWEIG, Stefan.: *El mundo de ayer*. Obras completas, t.IV. memorias y ensayos. Madrid, 1953. p.1603.

Las guerras mundiales catalizaron positivamente, sin embargo, invenciones que de no ser por estas coyunturas bélicas quizás hubieran demorado muchos años en salir de los laboratorios. La guerra fría -tal vez más que las calientes- y particularmente la carrera espacial y su delirante programa de "Guerra de las Galaxias" impulsaron las matemáticas, la computación, la electrónica, la física, la química y la biología a un extraordinario proceso de desarrollo, sin precedentes en la historia humana: el cual ha hecho renacer en este fin de siglo la confianza en la ciencia. Empero, el hombre siente que su vida está siendo afectada por turbulencias que no siempre alcanza a comprender y se generaliza una suerte de malestar en la cultura que ya algunas casandras empiezan a llamar crisis de civilización.

Algunos pensadores han comparado nuestra época con la revolución neolítica: es decir, con la situación que vivió el hombre en el 3000 antes de cristo, cuando transpuso el umbral de las cavernas para enfrentar el mundo creado por la invención de la agricultura.

La raza humana ingresa en el nuevo milenio con extremos abismales, coexisten en el planeta comunidades que viven a nivel paleolítico y hombres que disfrutan de la sociedad postindustrial.

Los NOKAK habitan hoy en las selvas de Colombia cazando con flechas y cerbatanas, pescando con trampas y recolectando frutas y semillas, ellos están en la prehistoria: sus antepasados quedaron al margen de las revoluciones neolítica e industrial: no saben que viven en el planeta tierra, ni en el siglo XX, ni en Colombia, ¿no han oído hablar de García Márquez o Pablo Escobar! : ellos descansan en sus chinchorros luego de la caza y sazonan su vida cotidiana con canciones que acompañan con música producida en delicados instrumentos fabricados con huesos de mono.

¿Cuántos suman los hombres prehistóricos que habitan en las selvas de Africa, Asia, Australia y América ?.

Las estadísticas suelen ser insuficientes cuando se trata de pequeñas comunidades nómadas que se mueven por los bosques detrás de la caza. Probablemente ya sean pocos, pues su hábitat, la selva, se extingue desde hace siglos devorada por las culturas neolítica, industrial y postindustrial.

Aproximadamente la mitad de la humanidad -unos 3 mil millones de individuos viven hoy en sociedades en las que la agricultura tiene un peso específico determinante, la otra mitad lo hace en las ciudades. Ambos universos están cada vez más intercomunicados; para el hombre de la tierra en la India, China, Brasil, Turquía o Guatemala, la ciudad es ese otro mundo lleno de colores, movimiento y oportunidades que lo atrae como la luz a las luciérnagas. Hoy es posible encontrar mujeres turcas nacidas en la meseta de Anatolia con sus atuendos tradicionales en el metro de Berlín: hijos de campesinos vietnamitas vendiendo arroz frito en Postdam; gitanas rumanas pidiendo limosna en las calles de colonia; campesinas marroquíes vendiendo manteles bordados a los turistas en Santa Cruz de Tenerife; vendedoras de artesanías traídas de

remotas aldeas del continente negro en las calles de Valencia. Hoy es posible encontrar en la selva de Surinam, negros cimarrones que usan relojes digitales fabricados en Taiwan u observar canoas hechas con troncos ahuecados, navegando por el río Marowina con motores fuera de borda Yamaha.

Estos navegantes -indios y criollos de las Guayanas- quizás tengan una noción muy vaga de los cohetes Ariadna que se fabricaron en Cayena; para ellos la modernidad y la postmodernidad son ese mundo maravilloso que asoma su rostro en las vidrieras de las tiendas de Paramaribo, Georgetown y Cayena o se refleja en las pantallas de cine y la televisión. Para estos hombres que tienen un pie en el mundo neolítico y otro en el postmoderno, la noticia de que el "Camión espacial" Ariadna 5, fué hecho explotar en vuelo por presentar fallas técnicas el 5 de Junio de 1996; quizás les haga recordar cierta inquietud que percibieron aquella noche en los animales del corral, la cual asociaron con la proximidad de un jaguar y no con la estrella fugaz que vieron caer en el firmamento. En ese rincón del mundo los extremos se tocan, aquí pasado, presente y futuro convergan en una realidad que tiene quinientos años de soledad.

Un sector de la población contemporánea disfruta con largueza ya los beneficios de la revolución científico-técnica, son aquellos cuyo ocio ha comenzado a crear en los últimos años industrias millonarias como la del turismo, el deporte, el espectáculo, la publicidad y la recreación. La Organización Mundial del Turismo calcula que en 1995 se registró un movimiento de 561 millones de personas en el planeta, quienes generaron ingresos en el orden de los 381 mil millones de dólares, además de la transportación que superó los 57 mil millones de dólares; las Olimpiadas de Atlanta se supone fueron disfrutadas por 3 mil millones de televidentes en todo el mundo y generaron cuantiosos ingresos.

El estilo de vida de algunos círculos privilegiados en los países desarrollados se aproxima cada vez más a lo que hace un par de lustros considerábamos ciencia ficción: en Nueva York, París y Londres, comienza a hacerse cotidiana imágenes que parecerán salidas de filmes como "La Guerra de las Galaxias" o "Blade Runner".

"Todos los viernes a las cuatro y media de la tarde, un alto y canoso ejecutivo de Wall Street, llamado Bruce Robe, introduce un puñado de papeles en su cartera de cuero negro, coge su abrigo del perchero de su antedespacho, y sale. Hace más de tres años que sigue la misma rutina. Primero, desciende en el ascensor los veintinueve pisos que le separan de la calle. Después camina diez minutos por las atestadas calles hasta el helipuerto de Wall Street. Allí sube a un helicóptero que lo deposita, ocho minutos más tarde, en el aeropuerto "John F. Kennedy". Sube a un reactor de la (Trans World Airlines) y se sienta a comer, mientras el gigantesco avión se eleva sobre el Atlántico, da media vuelta y pone rumbo al Oeste. Una hora y diez minutos después, salvo retrasos, sale a paso vivo de la terminal del aeropuerto de Columbus, Ohio y

sube a un automovil que le está esperando.

Al cabo de otros treinta minutos llega a su destino: está en su casa. Robe pasa cuatro noches cada semana en un hotel de Manhattan. Las otras tres las pasa con su mujer y sus hijos en Columbus, a 800 km. de distancia. Buscando lo mejor de dos mundos un empleo en el frenético centro financiero de América y una vida familiar en el relativamente tranquilo Oeste medio, viaja unos ochenta mil kilómetros al año”.²

¿Dónde es más viable la felicidad, entre los Nokak de las selvas colombianas o junto a los nómadas potsmodernos que como Bruce Robe habitan en la selva de computadoras de Wall Street?.

Supongo que en ambos lugares ésta sea posible; es muy probable que ningún Nokak quiera cambiar su estilo de vida por el de Robe y de seguro que éste llamaría a la policía, si viera a un Nokak en el jardín de su casa de Columbus.

² TOFFLER, Alvin.: *El Shóck del Futuro*. Barcelona, 1971.